

El diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca (provincia de Buenos Aires) y sus enemigos a principios de la década de 1960

Por Laura Liuti*

Introducción

LA DISCRIMINACIÓN ENTRE AMIGOS Y ENEMIGOS constituye para Carl Schmitt la distinción específica de lo político.¹ Según el citado autor, la distinción corresponde a criterios relativamente autónomos de cualquier otra oposición como, por ejemplo, la que contraponen el bien al mal en moral o lo bello a lo feo en estética. Así, el sentido de la dialéctica amigo / enemigo expresa el grado extremo de unión o desunión, de asociación o disociación en el campo de lo político. Los enemigos constituyen entonces una parte intrínseca del espectáculo político y le otorgan su poder de despertar odios, pasiones y miedos. Por ello, los actores de dicho campo y los medios periodísticos en tanto actores políticos construyen simbólicamente a sus enemigos diseñando sus estrategias discursivas en función de sus intereses políticos y económicos.²

Ahora bien, en política, no todos los adversarios son necesariamente enemigos, ya que algunos pueden ser respetados y considerados legítimos. En este sentido, Murray Edelman distingue entre antagonista inaceptables y aceptables dependiendo tal diferenciación de la perspectiva adoptada por el enunciador. Así, si éste último asume al rival como enemigo privilegia la consideración de la naturaleza intrínseca del antagonismo, mientras que si contempla las tácticas empleadas por su oponente, lo asume como adversario.³ La instancia adversaria, añade Patrick Charaudeau, comparte las mismas emociones que su contrincante en cuanto a la búsqueda de legitimidad, credibilidad y aceptación.⁴

* Profesora de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. E-mail <lluti@infovia.com.ar>

¹ Carl Schmitt, *La noción de político*, Paris, Calmann-Lévy, 1972, p. 66

Héctor Borrat, *El periódico. actor político*, Barcelona, Gustavo Gili, 1989, p. 16

³ Murray E. Edelman, *Pièces et règles du jeu politique*, Paris, Seuil, 1991, p. 131

⁴ Patrick Charaudeau, *Le discours politique les masques du pouvoir*, Paris, Vuibert, 2005, p. 44

Esta caracterización binaria no se basa en particularidades específicas o inherentes a los individuos o grupos asumidos como tales. De allí que, para descifrar este lenguaje político, Edelman estime indispensable privilegiar el estudio de la situación social y las autodefiniciones de los observadores por sobre los comportamientos de los sujetos así etiquetados.

En el presente escrito intento analizar cómo el diario bahiense *La Nueva Provincia* fue construyendo las distintas representaciones de los antagonistas políticos que frecuentaron su universo discursivo durante el periodo correspondiente a los primeros años de la década de 1960. Es decir, cómo este matutino, de influencia en toda la provincia de Buenos Aires y el sur argentino, delimitó el campo de sus contendientes políticos en los años inmediatamente posteriores al golpe de Estado que en 1955 derrocó al presidente Juan Domingo Perón.

La Nueva Provincia

El primer ejemplar del matutino fundado y dirigido por Enrique Julio, se imprimió el 1° de agosto de 1898. Su director explicó a sus lectores que, a su entender, la aparición de un nuevo diario quedaba justificada sólo si éste surgía para sostener un ideal. Éste era precisamente el caso de su propuesta periodística que defendía la creación de un estado federal que abarcara los partidos del sur de la provincia de Buenos Aires y las gobernaciones que se extendían a lo largo de los ríos Negro y Colorado y que tuviese a la ciudad de Bahía Blanca como capital. El matutino esgrimía como argumento principal la inadecuada organización institucional que mantenía a estas regiones en una situación de estancamiento crónico.

En 1900 *La Nueva Provincia* ya se había convertido en el establecimiento tipográfico más importante de la provincia de Buenos Aires y en las primeras décadas del siglo xx, el matutino estaba en camino de convertirse en el diario que marcaría el horizonte periodístico de la prensa bahiense. Así en 1926 se presentaba como el diario de mayor circulación en la provincia de Buenos Aires y en todo el sur del país. En tanto empresa periodística buscó atender la realidad incontestable de la expansión de la demanda informativa por parte de un número considerable de nuevos lectores pertenecientes a todas las franjas sociales en un territorio que se iba poblando paulatinamente. En efecto, la extensión de la enseñanza pública y las consecuentes campañas de alfabetización realizadas en la ciudad y su zona de influencia motivaron la ampliación del número de lectores de periódicos.

De acuerdo con la concepción que Enrique Julio tenía de lo que debía ser el periodismo moderno, *La Nueva Provincia* básicamente buscó combinar la oferta de información con opinión desde un lugar de enunciación que pensaba “objetivo”.⁵

Tras la muerte de su fundador, en octubre de 1940, asumió el cargo de directora gerente su viuda, Vicenta Calvento de Julio, y tres años después la sucedió Néstor Enrique Julio. En 1950 el gobierno peronista dispuso la clausura de *La Nueva Provincia*, y sólo tras la Revolución Libertadora el control del diario retornó a la familia propietaria del mismo. A fines de los años cincuenta Diana Julio de Massot, nieta del fundador, quedó al frente de la dirección. La nueva directora continuó la expansión de la empresa siguiendo el espíritu que había guiado a Enrique Julio incorporando en 1965 el primer canal de televisión bahiense.

*Los enemigos políticos de La Nueva Provincia
durante la etapa de la “semidemocracia”*

LA inestabilidad política constituyó el rasgo peculiar del periodo abierto por la Revolución Libertadora que puso fin a la presidencia del general Perón en 1955. Con posterioridad a esa fecha, la sociedad argentina conoció una situación política de equilibrio dinámico en la que Marcelo Cavarozzi distingue dos etapas. La primera de ellas correspondió al establecimiento de una fórmula dual en la que predominaron los gobiernos “débiles”, tanto civiles como militares, que procuraron establecer un régimen semidemocrático, proscribiendo en algunos casos y aceptando, en otros, la participación del peronismo. Tras el golpe de Estado de 1966, se sucedieron los “gobiernos fuertes” que predominaron durante la segunda de dichas etapas y pretendieron imponer transformaciones radicales de la política y la sociedad argentina, caracterizándose por terminar invariablemente de forma catastrófica.⁶ Por otra parte, las ecuaciones políticas y militares ensayadas durante todo este periodo debieron enfrentar la crisis de legitimidad política causada por la exclusión de quien, desde el exilio, continuaba siendo uno de los principales actores del sistema político, el general Perón, aún cuando no fuese reconocido como tal por los integrantes de dicho sistema.⁷

⁵ Christian Le Bart, *Le discours politique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1998, p. 6; y Alain Trognon et Janine Larrue, *Pragmatique du discours politique*, Paris, Armand Colin, 1994, p. 10.

⁶ Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y democracia (1955-1996): la transición del estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 11-13

⁷ Samuel Amaral y Mariano Ben Plotkin, comps., *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, pp. 5-13

Tras el golpe de Estado que depuso a Juan Domingo Perón, *La Nueva Provincia* se autoimpuso una misión en tanto medio de comunicación de masas: de allí en más asumió la "función esclarecedora" de inculcar a sus lectores los principios democráticos. Desde esta posición, su discurso político satanizó entonces a aquellos actores políticos que caracterizó como enemigos por considerar que su naturaleza intrínseca no era compatible con el régimen democrático. Para el diario bahiense, el que el general Perón, su principal enemigo, se encontrara en el exilio era algo circunstancial que no disminuía su peligrosidad puesto que la distancia que lo separaba del escenario político nacional no impedía que siguiera influyendo de manera decisiva en la arena política argentina.

Así, por ejemplo, se opuso a la decisión de permitir la participación de candidatos peronistas en las elecciones para gobernadores y legisladores provinciales del 18 de marzo de 1962 tomada por Arturo Frondizi, primer presidente constitucional elegido tras el golpe. Durante la campaña electoral previa a las mismas, *La Nueva Provincia* denunció enérgicamente a

una agrupación partidaria, cuya vocación por la democracia no ha sido demostrada con la seriedad que requiere la República, se ha colocado al margen de los límites naturales de la libertad, transformando a la prudencia y la educación en odio y revanchismo, y determinando así características que corresponden más a una minoría incipiente que a la antojadiza mayoría que pretenden representar. Nos referimos al caso del llamado "Frente Justicialista", organismo político dentro del cual pululan dirigentes que no quieren, no saben o no pueden aceptar la realidad de una democracia sin violencias, ajustada a normas morales que configuran la verdadera paz y convivencia para la Nación.⁸

Porque si bien en el nuevo mapa político diseñado tras la Revolución Libertadora la reconciliación entre todos los argentinos debía constituir una condición necesaria para la vigencia de la democracia y la libertad, la ciudadanía no podía olvidar que el "hecho peronista" era, a juicio del

⁸ Para *La Nueva Provincia* estos "pseudodirigentes" utilizaban un discurso de barricada "acudiendo a una actitud verbal que no aclara, pero ofende; que no planifica constructivamente, pero obstruye y que, en definitiva, lo único que promete es el regreso a una autocracia demagógica, tan irresponsable como peligrosa. Son los mismos que en junio de 1955 quemaron las iglesias en la convicción de que las "unidades básicas" ejercían una potestad sobre la fe y también son los mismos que, violando los derechos constitucionales, ejercieron el no derecho de atemorizar, proscribir, torturar, idolatrar y mitificar un eslabón de barro en la conciencia social de la clase trabajadora".

matutino, una “monstruosidad política”, sinónimo de “miedo, opresión, impotencia, vasallaje, cárcel y desilusión”.⁹

Desde esta posición políticoideológica, *La Nueva Provincia* expresaba en forma harto crítica que no adhería a la proscripción política como un método jurídico que pretendiese delimitar ideas. Sin embargo, creía que la proscripción, jurídica y no política, de todo aquello que atentase contra la voluntad democrática de la nación constituía el único resorte que poseía un Estado libre para protegerse contra todo extremismo. Con una peculiar y limitada concepción de la libertad política de los ciudadanos sostenía que, en este caso específico, la proscripción no alcanzaba la voluntad masiva de los integrantes de un partido político, sino a la táctica y proceder de sus dirigentes. Así afirmaba categóricamente:

No son los peronistas los que están proscriptos, en lo que cabe a sus derechos ciudadanos. Lo que está fuera de la ley es el pasado, es decir, doce años de violencia moral que hirieron las estructuras de nuestra sociedad y, fundamentalmente, intentaron deformar la conciencia de las nuevas generaciones. Para el Estado y para la democracia, el peronista es un ciudadano que puede votar libremente, siempre y cuando acepte la elección de hombres y organismos que estén representados dentro del derecho y la libertad. Pero insistimos, la realidad se ha mitificado en torno a una persecución que no existe, porque la realidad es ésta: millones de argentinos pueden elegir libremente por cualquier forma democrática de gobierno. Pero lo que les está vedando es optar por la dictadura.¹⁰

Las elecciones provinciales del 18 de marzo fueron vistas por el matutino bahiense como una oportunidad única para que la ciudadanía definiese su voluntad soberana, eliminando con su pronunciamiento en las urnas a quien el diario había construido discursivamente como su principal enemigo, el general exiliado y sus acólitos locales. Así se sentarían las bases futuras para erradicar al “fantasma” que acosaba a la nación desde hacía largos años. De no darse este escenario advertía:

Si no tenemos el valor necesario para reconocer las proporciones del drama en que vivimos, y sus peligros inmediatos, debemos aceptar desde ya que la misma confrontación se hará presente en las elecciones de 1964, si es que la democracia, penetrada por el totalitarismo, logra llegar a esa fecha.¹¹

⁹ Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1913-1973)*. Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, p. 19

¹⁰ “Basta de prácticas autoritarias”, *La Nueva Provincia*, 15-III-62, p. 2.

¹¹ “A Usted señor elector”, *La Nueva Provincia*, 18-III-62, p. 2.

Tras conocerse el resultado del escrutinio, que en la provincia de Buenos Aires dio el triunfo al candidato peronista Andrés Framini, *La Nueva Provincia* instó a la ciudadanía a reflexionar sin apasionamiento sobre el significado del mismo. Desde una lectura inicial de la definición política expresada en dichos comicios, el diario destacaba que se imponían dos conclusiones principales. Si bien el neoperonismo seguía siendo una fuerza cuantitativamente poderosa, no era mayoritaria en el mapa político nacional ya que los partidos de “esencia netamente democrática” superaban su caudal electoral. Así aseguraba que el Frente Justicialista no exhibía el capital electoral de que hiciera gala su antecesor directo: “el partido de la dictadura peronista”. De todas formas reconocía la trascendencia del pronunciamiento “properonista” en la provincia de Buenos Aires y en el noroeste del país. Pese al recelo que le producía el retorno a la escena política de los seguidores de su principal enemigo, expresaba su deseo de que primase la cordura entre quienes formaban parte de aquella fuerza política que el diario había combatido en la época en que ésta hegemonizaba el poder. De no darse este escenario advertía que combatiría todo retorno a prácticas propias de aquellos años. Analizando el mapa de poder tal como había quedado diseñado tras los comicios, *La Nueva Provincia* concluía que el neoperonismo podía llegar a constituirse en un adversario político legítimo y aceptado dentro del sistema político a condición de romper con su líder y con las prácticas que habían caracterizado su paso por el poder. De no ser así, continuaría siendo el enemigo con el cual no podía llegarse a ningún tipo de acuerdo o transacción.

De todas formas estimaba que el presidente Frondizi se había equivocado al permitir que el “peronismo con Perón” volviese a la escena política puesto que, a su entender éste habría debido ser proscrito definitivamente en Argentina, así como sus “nefastos personeros marcados para siempre políticamente por su incapacidad moral demostrada en la triste época peroniana [*sic*]”. Igualmente advertía que no se debía sumar al error del presidente una intervención militar, lo que entendía constituiría una nueva equivocación. De apelarse a tal metodología se haría del peronismo un mártir, por ello interpelaba a los jefes militares, llamándolos a resguardar las instituciones democráticas y a ser un respaldo firme al gobierno constitucional. Porque si bien Frondizi había cometido un error garrafal, *La Nueva Provincia* también adjudicaba una responsabilidad importante y previa a los líderes de la Revolución Libertadora por no haber tomado la drástica determinación de terminar definitivamente con “el mal supremo” que había degenerado el sistema democrático argentino. Así se preguntaba:

¿Han meditado las Fuerzas Armadas en las tantas oportunidades que dejaron pasar y no aprovecharon para actuar contra el peronismo? ¿Han meditado nuestros hombres de armas, que un país no puede manejarse por simpatías o antipatías personales? ¿Han recapacitado en la dificultad tremenda que entrañaba para cualquier hombre [...] ejercer el primer cargo constitucional de la nación, después de la caída de Perón? ¿Puede exigirse [sic] a un gobierno constitucional, que debe manejarse con cámaras mediocres, ciertos gobernadores “montoneros”, oposición destructiva en su mayoría, con la honrosa excepción del conservadorismo, lo que no pudo, no quiso o no creyó conveniente aplicar, liquidar, erradicar o asumir la Revolución Libertadora?¹²

Por otra parte, proseguía argumentando el matutino, las Fuerzas Armadas habían aceptado el compromiso de vigilar y proteger las elecciones del día 18, cuando hubieran debido oponerse decididamente a convalidar un comicio “degradado” por la inclusión de boletas de una agrupación política que más que un partido era una “horda subversiva” apoyada sugestivamente por las izquierdas extremistas. Esta última referencia cobra importancia porque precisamente, el otro rival asumido como enemigo político por *La Nueva Provincia* durante este periodo era precisamente el comunismo por tratarse de una ideología considerada “extraña a la sensibilidad occidental y latina”. Con respecto a su posición frente a este enemigo manifestaba:

Si enfrentamos al comunismo, es porque la defensa de la integridad democrática constituye el propósito fundamental de esta hoja y creemos que ya no existen otros medios más eficaces, para combatir las sutilezas de los demagogos, que aquellos brindados por el periodismo oral y escrito, el libro, la tribuna, el púlpito, la cátedra, en función esclarecedora de la juventud y del pueblo en general. No hay que bajar la guardia en momento alguno, ni aun cuando se establecen treguas y se inician diálogos entre Este y Oeste. Mas tampoco dejemos de fortalecer nuestras propias posiciones, conciliando diferencias, trabajando de consuno por el mismo objetivo, que no puede ser otro que el de la consolidación de los principios democráticos que nos sustentan.¹³

Consumado el error de permitir la participación en los comicios de los candidatos peronistas, había llegado el momento de que quienes creían en los valores occidentales, democrático y cristianos los pusiesen en plena vigencia dejando gobernar a quienes habían sido elegidos por la

¹² “Respetemos las urnas”, *La Nueva Provincia*, 20-III-62, p. 2

¹³ “Para enfrentar al comunismo”, *La Nueva Provincia*, 02-III-62, p. 2

voluntad ciudadana. Tal vez de esta forma aprenderían el lenguaje de la convivencia, adaptándose al nuevo orden democrático que imperaba en el país.

Posteriormente *La Nueva Provincia* criticó al presidente Frondizi por haber firmado los decretos de intervención a las provincias donde los justicialistas habían triunfado en marzo. Para el diario, el primer mandatario habría debido dimitir en vista de las consecuencias de su decisión de permitir a los peronistas participar en las elecciones.¹⁴

Según el matutino, en un momento crítico para la democracia, los argentinos responsables debían recapacitar sobre los peligros que conllevaría la interrupción por la fuerza de la legalidad constitucional, demostrando la fortaleza de sus principios democráticos y dando el ejemplo de una real conducta cívica.

La tardía decisión de Frondizi de intervenir las provincias donde habían ganado los peronistas, criticada por *La Nueva Provincia* en los términos arriba enunciados, no pudo evitar el golpe de Estado que puso fin a su presidencia en marzo de 1962 y que volvió a colocar al peronismo en la clandestinidad. Durante el interregno de su sucesor, el presidente José María Guido, el 7 de julio de 1963, se realizaron los comicios para elegir las máximas autoridades de la nación. En esta elección los candidatos justicialistas no pudieron competir, razón por la cual el líder envió a sus seguidores a la consigna de votar en blanco.

Ante la inminencia del comicio *La Nueva Provincia*, con una mezcla de amargura y desencanto, vaticinaba el triunfo del doctor Illia, candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).¹⁵ En efecto, el político radical fue elegido con 25 % de los sufragios. Al conocerse el resultado electoral, *La Nueva Provincia* alabó la coherente trayectoria de la UCRP que constituía, a su entender, una de las contadas excepciones dentro del sistema de partidos argentinos, aunque reconoció no compartir los postulados programáticos, sociales y económicos de esa agrupación.¹⁶ En suma, esta fuerza política era asumida por el diario como un adversario legítimo según las reglas de juego de un régimen liberal democrático. Con optimismo creía ver el fin de las prácticas políticas empleadas por su principal enemigo, sin poder o querer asumir el hecho de que el voto en blanco había alcanzado 19%. La escasa legitimidad de un primer magistrado elegido por un porcentaje tan exiguo de sufragios relativizaba su lectura optimista de las conse-

¹⁴ "Respetemos las urnas", *La Nueva Provincia*, 20-III-62, p. 2

¹⁵ "El señor nadie", *La Nueva Provincia*, 7-VII-63, p. 8

¹⁶ "Conducta", *La Nueva Provincia*, 9-VII-63, p. 2

cuencias que tendría en el escenario político inmediato y que merecen citarse *in extenso*:

Requiem para “revolucionarios de pacotilla” Y para energúmenos políticos, también [...] Dura, quizás, pero justa, seguramente, la implicancia que puede extraerse de la aritmética simple y reveladora de las cifras de la elección del domingo último. Nos referimos, claro está, al “votoblanquismo” mechado con “abstencionismo” que, con su mengua evidente, agregadas las “desobediencias” concurrencistas en varios distritos por parte de fuerzas neoperonistas, abatió las siniestras esperanzas de más de uno de los llamados “dirigentes duros”. Hartazgo de órdenes. Cansancio de regimentación vertical y extranacional. Regreso desde el fanatismo. Llámase como se quiera, grandes núcleos del peronismo desacataron o repudiaron la pertinaz maniobra de quienes, incluso más allá de los planteos “frentistas”, persiguen una “blancura” para el odio y la revancha. El país y el propio peronismo [con o sin Perón] tienden claramente a desbarazarse, por fin de los apopléticos [*sic*] mentores del desquiciamiento nacional. Discursos proclamas, cartas, reportajes y mensajes de prófugos como Framini y varios otros “oradores” de barricadas imposibles, no logran ya su objetivo ansiado y preciso de llevarnos a la anarquía, a la lucha civil o a las viles formas del “castrismo” nacionalizado, antesala para la pleitesía a órdenes de Moscú [...] o de Pekín, según sea el estado de la controversia “ecuménica” que rusos y chinos debaten tozudamente. Reconforta que tanto ciudadano haya dicho no, rotundamente, a pesar de mantener muchos de ellos la idea de fondo del llamado justicialismo, a la incitación a “blanquear” o no sufragar como paso previo a la subversión para el caos.¹⁷

El esperanzado optimismo con el que *La Nueva Provincia* había recibido la victoria del candidato de la UCRP se fue diluyendo ante el “carácter reservado y estilo casi ‘fantasmal’”¹⁸ de un presidente que había sido considerado por la gran mayoría como el “presidente de la transición” pero que dejaba pasar el tiempo sin decidirse a gobernar. Mientras tanto, según argumentaba el matutino, la “Argentina real”, la “Argentina profunda” había empezado a mostrar su perfil demostrando que la posibilidad de un peronismo sin Perón era una “utopía inalcanzable”. Ante esta evidencia incontestable, el proceso político-institucional se dirigía hacia un callejón sin salida. En este contexto el golpe militar de 1966 que depuso al presidente Illia fue calificado por el diario como una revolución “fría” y “racional”, radicalmente distinta a las

¹⁷ “Hartazgo”, *La Nueva Provincia*, *ibid.*, y “Panorama”, *La Nueva Provincia*, 9-vii-63, p. 5

¹⁸ “Momento político”, *La Nueva Provincia*, 23-vi-66, p. 5

anteriores, que llevaba a la presidencia al “hombre de reserva” que tendría ante sí una tarea gigantesca, pero posible. Para *La Nueva Provincia* se cerraba así el ciclo inaugurado en julio de 1963 y se abría la perspectiva de “un gran salto”. Ante el nuevo escenario y desde su lugar de enunciación, advertía a los nuevos dueños del poder que los argentinos esperaban un liderazgo fuerte y exigían una conducción firme que les señalase nuevas metas para conseguir el objetivo de dejar atrás una gran frustración nacional.¹⁹

Reflexiones finales

DURANTE la primera etapa de la década de los años sesenta en la que predominaron los gobiernos débiles que procuraron sin éxito establecer un régimen institucional estable, *La Nueva Provincia* se adjudicó la función de educar a la civilidad en los valores democráticos, fundamentalmente desde sus reflexiones editoriales. El principal enemigo que conspiraba a su juicio contra la consolidación de la democracia en nuestro país era el peronismo. Por lo tanto, en la construcción discursiva de dicho enemigo privilegió la consideración de la naturaleza intrínseca del antagonismo: el justicialismo era incompatible con los ideales democráticos. De todas formas, consciente de que amplios sectores de la ciudadanía sustentaban la ideología justicialista y convencida de que debían ser incorporados al juego político postuló la constitución de una fuerza política que expresase sus intereses siempre y cuando sus dirigentes abjurasen de su líder y de todo lo que significase un retorno a la “era peroniana”.

El transcurso del proceso político fue convenciendo al matutino de que el ideal de un “peronismo sin Perón”, que había creído de posible realización, constituía una “utopía inalcanzable”. Retomando la distinción entre enemigo y adversario político, comprobamos que el diario consideraba al peronismo como un verdadero enemigo.

¹⁹ “Movimiento político”, *La Nueva Provincia*, 28-vi-66.